

Amado

Octavio Monti



Capítulo 1

8-Amado:

A los veinticinco años, Amado Reyes fue condenado. Había asesinado a un hombre, un capataz. En la pulpería, los rivales se trenzaron en un duelo a cuchillo. El capataz era más hábil, y logró que Amado sangrara en dos ocasiones. Viendo que frente a frente no tenía chance, Reyes se dobló sobre sí mismo para fingir una derrota. Cuando su rival, tal vez invadido por la piedad, se relajó, Amado le lanzó el facón al pecho.

El juez local resolvió el asunto con burocrática desidia:

-A la frontera.

Los primeros años fueron secos, ásperos. Días largos frío, poca comida y miedo a los malones. Lo estaquearon dos veces. No interactuaba mucho con sus compañeros fuera de las tareas rutinarias, excepto por alguna partida de cartas. Jugaba siempre maniobrando con el cuchillo en la mano, y generalmente ganaba.

Poco a poco, su talento para la brutalidad le fueron ganando el favor de los altos mandos. A la hora de chocar con los indios, ninguno era más preciso y eficiente. Manejaba bien las armas de fuego, pero cuando las distancias en el combate se achicaban hacía cantar al facón.

Terminaba la carnicería, y Amado Reyes se dedicaba a recolectar las orejas de los indios que había despachado. Cada una era un trofeo, un símbolo de fiereza y habilidad. En sus ratos libres las fue uniendo con un hilo, hasta que fue capaz de exhibir un largo collar que llevaba atado a la montura del caballo.

Las incursiones del ejército en territorio indio se tornaron cada vez más grandes, ambiciosas, profundas. Habían llegado nuevas órdenes de la capital; las sanjas y los fortines quedaban cada vez más atrás.

Reyes comandó varias expediciones punitivas a lo largo y ancho de la Patagonia. Su violencia y arrojo le valieron un nombre entre soldados e indios. Habían pasado menos de dos años, cuando empezó a cargar un segundo collar de orejas.

Su última expedición la llevó a cabo en el tramo final de la conquista. Se apareció frente a las tolderías, cuando el sol apenas asomaba y los restos de las hogueras aún exhalaban volutas de humo. Condujo una columna de treinta hombres a través de docenas de indios enardecidos, impulsados por esa energía única que propicia la desesperación.

Al atardecer, entre las carpas de cuero sólo se oía el relinchar de los caballos y el llanto de un niño. Reyes, que había perdido un ojo, entró en la toldería mayor. Lo aguardaba una mujer anciana, arrodillada junto al cadáver de un hombre. Clavó en Amado sus ojos grises, impiadosos. Escupió palabras, en un idioma que Reyes no entendía ni le importaba. El facón, súbitamente, parecía ser más pesado que nunca.

Salió de la tienda con el acero ensangrentado; sin medir palabra, arrancó los collares de orejas de la silla de montar y se los echó al cuello. Sus hombres más tarde contarían que se alejó de ellos caminando hacia un

horizonte cada vez más difuso, sin hacer caso de sus gritos. Según se dice, todavía se lo puede ver en las noches de la Patagonia, andando con Endríagos y Fuegos Fatuos.